

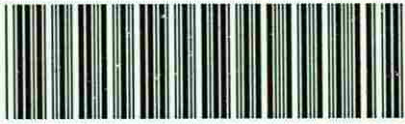
**Homenaje**

**a**

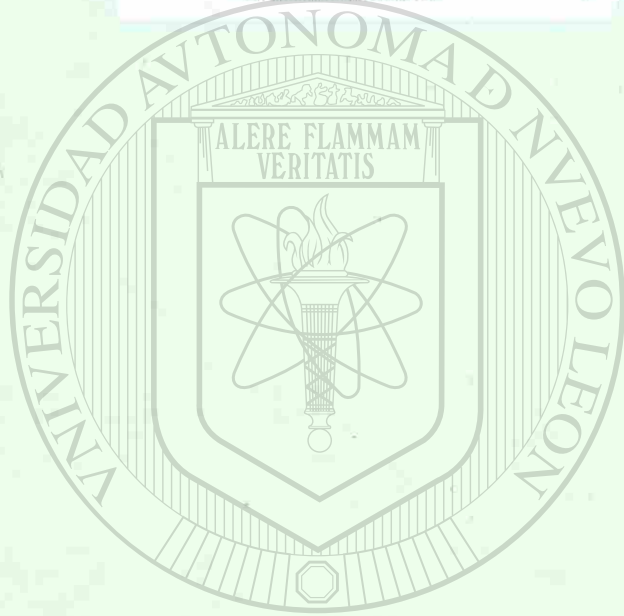
**Pedro  
Reyes  
Velázquez**

6  
CIÓN

F131  
R49  
H6



1020141692

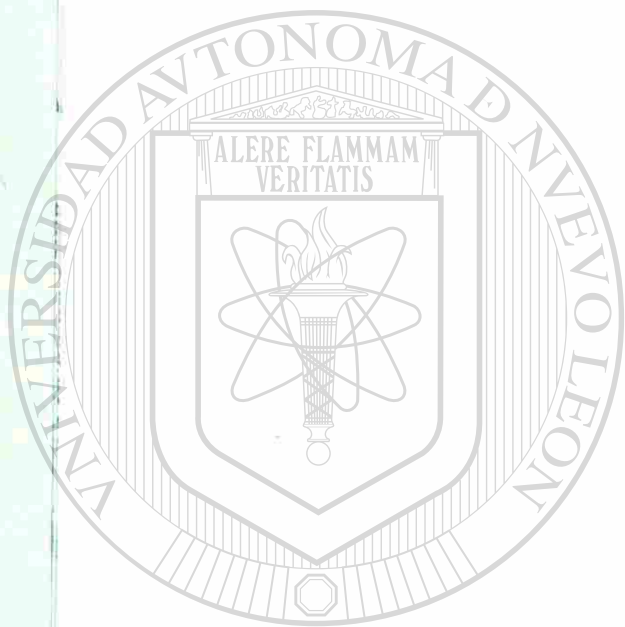


# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*m*



Homenaje

a

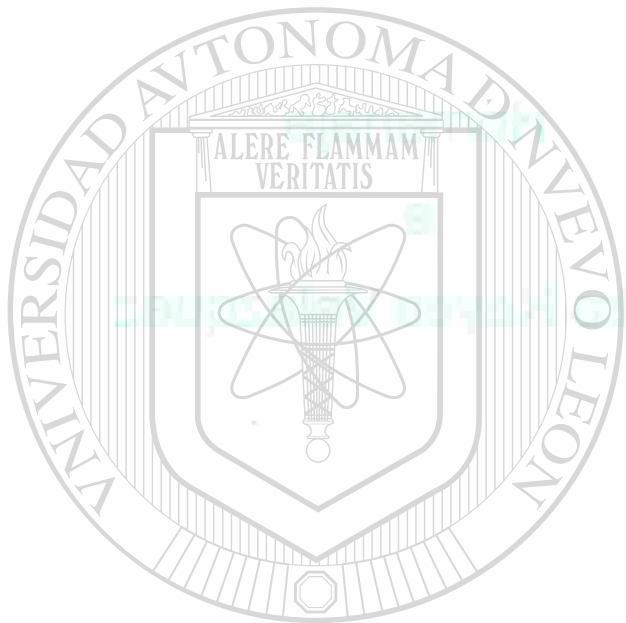
Pedro Reyes Velázquez

UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS <sup>®</sup>



Primera edición: 2001

© Universidad Autónoma de Nuevo León  
Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria

ISBN

Impreso en Monterrey, México  
*Printed in Monterrey, Mexico*

Homenaje

a

Pedro Reyes Velázquez

UANL

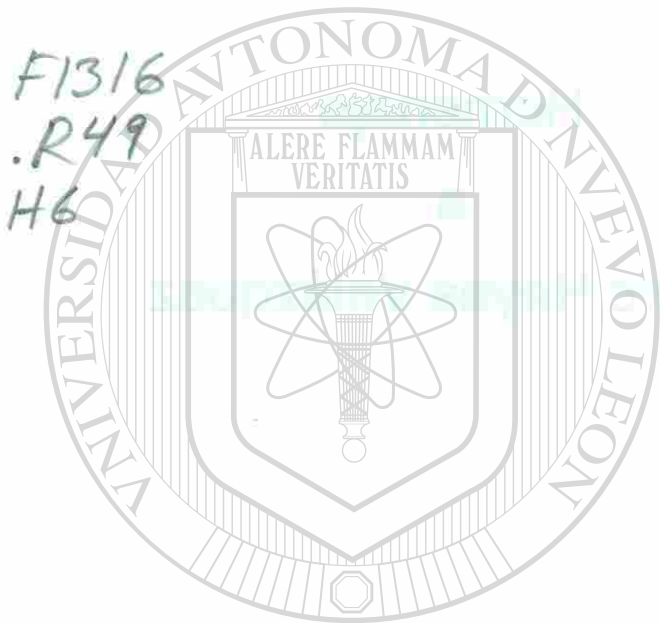
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria

Monterrey, México, 2001

0114-16860



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO  
UNIVERSITARIO

## PRÓLOGO

**P**or iniciativa de la licenciada Cynthia Dávila Longoria, directora de la Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y de su equipo de colaboradores, el 5 de julio de 2001 se realizó un homenaje en memoria del maestro, periodista y controvertido político, Pedro Reyes Velázquez.

En la vida de todo ser humano que se desenvuelve en sociedad, alguna vez le ha correspondido participar en un homenaje. Desde niños aprendemos a recordar con respeto las hazañas que consumaron los héroes de nuestro pueblo, quienes con sus actos forjaron nuestra historia.

Ésos son los homenajes a los que debemos asistir, sin mucho pensar si queremos o no; es decir, por obligación. Son parte de una educación que tiene un propósito didáctico: ejercitar en cada educando la conciencia de que los quehaceres que desarrollamos en nuestras vidas, se tornan, en ocasiones, claves sustanciales para cambios importantes en el porvenir de un pueblo.

Otro tipo de homenajes, con fechas predeterminadas, son los que van dirigidos a conmemorar la grandeza de seres muy especiales, cuyas acciones estimulan la veneración de conceptos como la caridad, bondad, tolerancia, humildad, santidad, fe, etcétera. Éstos se refieren usualmente a nuestras creencias religiosas. Comenzamos presenciándolos cuando niños, porque los adultos nos conducen a ellos. Después, seguimos acudiendo a estas celebraciones, algunas veces por un consubstancial e inerte temor a dejar de hacerlo, o bien porque han logrado cimentar en nuestras mentes la creencia de un mejor porvenir, aquí y en el más allá.

Hay muy diversos ejemplos que podrían ser mencionados aquí, pero lo que resalta del evento dedicado a la memoria de Pedro Reyes Velázquez, es que se trata de uno de esos homenajes a los que solamente asiste quien así lo desea, porque hay vínculos que todavía le unen a la persona recordada. Por ello, no puedo dejar de mencionar que esta celebración, aunque tardía, resultó sorprendente, pues dejó manifiesta la admiración y el cariño que, por su persona, aún existen entre muchos de quienes le conocieron.

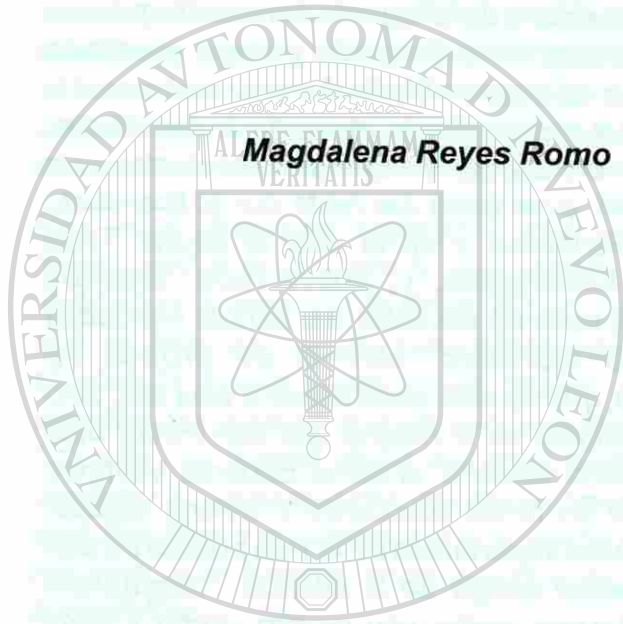
¡Cuánta nobleza, cuánta pasión, entrega e inteligencia tan bien aprovechada! ¡Cuánto buen humor! Ese genial rasgo de don Pedro, que yo tanto gocé y, en cierta medida, heredé. Por ese camino, incluso, me convenció de que la lectura era una muy buena y placentera afición.

Sirva esta introducción para presentar otras visiones sobre la persona de Pedro Reyes, y también para agradecer, a nombre de los familiares del finado maestro, a todos sus amigos, profesores y periodistas,

compañeros de trabajo; a la muy estimada por mi familia -porque siempre lo recuerda con cariño en sus artículos y porque en este homenaje no faltó su forma peculiar de agradecer-, Rosaura Barahona; a don Jorge Villegas, entrañable compañero en la labor periodística, pues sus pormenores presenciales de anécdotas divertieron hasta a los nietos que no le conocieron en vida; a don Eugenio Armendaiz, por sus cariñosas palabras como compadre y amigo, y también -claro está- a su esposa María Aurora, comparable en erudición y sobresaliente memoria a don Pedro, aunque más enfocadas a la música; al doctor Luis Eugenio Todd, cuya carta fue leída por el licenciado Nehemías González, y en la cual el doctor Todd manifiesta admiración, y, sobre todo, muchos momentos de estar de acuerdo; a la señora Mercedes Elizondo de Martínez, alumna de grupos no universitarios, que no sólo quiso acudir a esta cita, sino que dio testimonio de lo mucho que don Pedro dejó en su vida como maestro; al señor Eduardo Martínez Alanís, quien en forma elocuente y amena expuso algunos sucesos importantes de la vida política de don Pedro; a nuestra amiga de la infancia, Magdalena Vignau de Aguirre, quien con mucho cariño y unas pocas notas periodísticas, elaboró una excelente semblanza del maestro Reyes Velázquez; a Leticia Reyes de Tatinclaux, cuyas palabras calaron hondo en toda la familia y, por supuesto, a la licenciada Cynthia Dávila Longoria, quien nos informó cuán visitado es en la Capilla Alfonsina, el acervo de Pedro Reyes, con más de 7000 volúmenes, motivo por el cual decidió enaltecerlo.

Gracias sinceras a todos.

*Baste agregar algo: A Pedro Reyes Velázquez le hubiese gustado presenciar este cariñoso homenaje, y volver muy orondo a casa, feliz de confirmar que los caminos de la Literatura dejan un profundo surco, difícil de abandonar una vez que se enfila uno en él.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## PEDRO REYES VELÁZQUEZ

Pocas personas reciben tantas capacidades creativas juntas. Orador extraordinario, maestro natural, político combativo y fina pluma, nacionalmente reconocida, Pedro Reyes Velázquez fue un verdadero autodidacto, dedicado de tiempo completo a la docencia, las letras y la política.

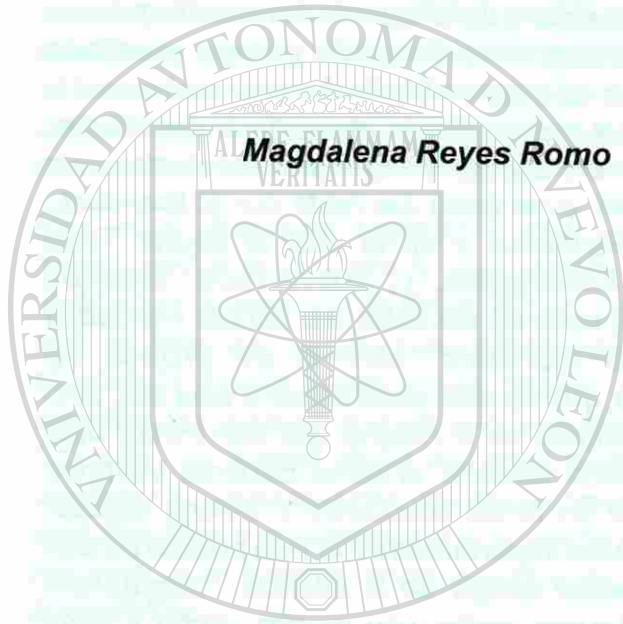
Originario de Jalisco, como muchos otros hombres importantes para la cultura de este Estado, nació el 5 de julio de 1915 en Lagos de Moreno, rincón que le proporcionó su sólida formación humanista. Cursó estudios de medicina y leyes en la *Universidad de Guadalajara*, sin titularse en ninguna de las dos carreras, lo que no le impidió ser un estudioso toda su vida.

En 1941 se trasladó a Monterrey, tierra que le adoptó y le proporcionó el medio para su realización personal, en un ir y venir de servicio mutuo, que fue desde su incorporación a la *XET* y su participación en la fundación del Centro Cultural *Carlos Pereira*, en el vecino Estado de Coahuila, hasta la docencia y sus múltiples columnas publicadas en diferentes diarios de la ciudad.

Es difícil encontrar periodistas que, con vocación y sentido de responsabilidad, transmitan en forma



*Baste agregar algo: A Pedro Reyes Velázquez le hubiese gustado presenciar este cariñoso homenaje, y volver muy orondo a casa, feliz de confirmar que los caminos de la Literatura dejan un profundo surco, difícil de abandonar una vez que se enfila uno en él.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## PEDRO REYES VELÁZQUEZ

Pocas personas reciben tantas capacidades creativas juntas. Orador extraordinario, maestro natural, político combativo y fina pluma, nacionalmente reconocida, Pedro Reyes Velázquez fue un verdadero autodidacto, dedicado de tiempo completo a la docencia, las letras y la política.

Originario de Jalisco, como muchos otros hombres importantes para la cultura de este Estado, nació el 5 de julio de 1915 en Lagos de Moreno, rincón que le proporcionó su sólida formación humanista. Cursó estudios de medicina y leyes en la *Universidad de Guadalajara*, sin titularse en ninguna de las dos carreras, lo que no le impidió ser un estudioso toda su vida.

En 1941 se trasladó a Monterrey, tierra que le adoptó y le proporcionó el medio para su realización personal, en un ir y venir de servicio mutuo, que fue desde su incorporación a la *XET* y su participación en la fundación del Centro Cultural *Carlos Pereira*, en el vecino Estado de Coahuila, hasta la docencia y sus múltiples columnas publicadas en diferentes diarios de la ciudad.

Es difícil encontrar periodistas que, con vocación y sentido de responsabilidad, transmitan en forma

imparcial sus puntos de vista. Su columna **Aventura y Escarmiento**, una de las mejores y más serias en Nuevo León, reflejaba que era poseedor de una vasta cultura y de un amplísimo conocimiento de la vida política de nuestro país. Sus comentarios estaban condimentados con un fino sarcasmo, que jamás llegó a la injuria u ofensa. También fue autor de la conocida columna **Sopa de Letras**, en la que, con análisis certero, trató temas relacionados con la crítica literaria.

Uno de los más sobresalientes periodistas de nuestro medio, don Pedro colaboró con editoriales muy variados en diversos periódicos: *El Norte*, *El Porvenir* y *El Sol* de Monterrey, *El Informador* de Guadalajara, *El Siglo* de Torreón y *El Diario* de Yucatán, entre otros.

Fue maestro fundador del *Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey*, en donde enseñó Lengua y Literatura Española por más de veintiocho años, y llegó a ser considerado profesor emérito. En la *Universidad de Monterrey* impartió clases de Literatura, Periodismo e Historia. Fue también catedrático de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la *Universidad Autónoma de Nuevo León*, y maestro particular de diversos grupos de personas interesadas en Literatura, Historia y Español.

Por su destacada labor de promoción cultural, recibió las "Palmas de la Academia" del gobierno de Francia y el título de Licenciado en Ciencias de la Comunicación del *Centro de Estudios Universitarios de Monterrey*. Fue maestro huésped en distintas universidades de Estados Unidos, entre ellas la *Universidad de Vanderbilt*, que en 1956 lo invitó a impartir un curso de Literatura. Dedicaba a la lectura la mayor parte de su tiempo libre y era un magnífico crítico literario, con amplio prestigio

en el ámbito nacional, motivo por el cual recibió frecuentes invitaciones para prologar libros. Además, el maestro Reyes Velázquez sentía gran afición por la música, en grado tal, que en múltiples ocasiones impartió conferencias sobre este tema.

Don Pedro también dedicó varios años de su vida a la política. Atraído por el movimiento iniciado en Monterrey por Manuel Gómez Morín, fue uno de los miembros fundadores del *Partido Acción Nacional*, y de 1964 a 1967 desempeñó dignamente el cargo de Diputado Federal por Nuevo León. Su espíritu combativo y su interés por la causa social lo llevaron a contender por el Gobierno del Estado en 1973; con la entrega que lo caracterizaba, supo aprovechar la ocasión para enseñar en la práctica el significado del verdadero compromiso: a pesar de saber que el triunfo le estaba vedado, luchó como si de veras lo fuese a conseguir.

Su extracción política nunca fue para él un obstáculo que le impidiera censurar los errores de los dirigentes de su partido, ni reconocer los aciertos de gobernantes surgidos de lo que él daba en llamar el partido oficial.

A don Pedro le encantaban los viajes, por lo que no dudó en acompañar a su hija Leticia a Europa, cuando ella fue invitada a dar una conferencia en el Congreso Internacional de Estudios Medievales, celebrado en 1978, para conmemorar mil doscientos años de la Batalla de Roncesvalles. Este Congreso Itinerante, que inicia en Pamplona y termina en Santiago de Compostela, reúne a importantes personalidades del mundo cultural. Dos años después, regresó como invitado para participar en las festividades de aniversario con una ponencia.

Maestro antes que ninguna otra cosa, tuvo gran influencia sobre sus alumnos, principalmente sobre aquéllos que deseaban ser escritores. Con la generosidad y la paciencia que proporciona la verdadera vocación, recomendaba lecturas, leía manuscritos y hacía indicaciones, estimulando constantemente a sus pupilos para proseguir la creación literaria.

Siempre creyó en el valor que, como herencia, tiene la enseñanza; en el dato histórico que señala que el maestro vive en el alumno, que en él se prolonga y que en él alcanza su inmortalidad. Sus alumnos son el testimonio de que fomentó el surgimiento de nuevos valores que reemplazaran a los que necesariamente tenían que pasar, sobre todo en el periodismo.

Así, Carlos Ortiz Gil, editorialista y alumno suyo, dice: "Junto con otros, le aprendí a don Pedro las primeras lecciones de periodismo crítico, las técnicas para analizar los hechos, encontrar las debilidades más aprovechables, el ángulo mejor y el tono más apropiado para manejar los temas en cierta forma.

"Pedro Reyes Velázquez fue mi maestro, un gran maestro para esa pasada época de mi vida, cuando quería ser escritor. Él jamás escribió un libro. Siempre nos decía que lo estaba preparando. Y era verdad, porque hay que comprender que no es el hecho de publicar lo que define al escritor, sino también estar escribiendo dentro de uno mismo el propio libro, que si no sale a la luz editorial, es porque el autor está corrigiéndolo continuamente".

Rosaura Barahona, editorialista, escritora y valiente luchadora de los derechos humanos, en especial los de la mujer, cuando el tema de su columna lo merece,

menciona con cariño a quien fuera su maestro, y destaca siempre su gran sencillez y su calidad humana.

Don Pedro falleció el 2 de diciembre de 1980. A raíz de su muerte, el doctor Luis E. Todd escribió: "Expresaba con inigualable maestría conferencias sobre tópicos tan diversos que variaban desde la historia del arte, hasta el análisis político de un presente que siempre cuestionó con inteligencia crítica, pero que nunca desdeñó en su posibilidad de lucha y trascendencia social".

La Capilla Alfonsina custodia el acervo cultural *Pedro Reyes Velázquez*. Localizado en la Sala de Literatura, este fondo bibliográfico consta de más de siete mil volúmenes y, junto con los fondos *Alfonso Reyes*, *Ricardo Covarrubias* y *Literatura*, constituye un pequeño universo de lectura y consulta para estudiantes e investigadores. En él es posible encontrar autores tan diversos como los temas que le interesaron a su dueño original.

Maestro, político, periodista y promotor de la cultura, Pedro Reyes Velázquez destacó por su cabal profesionalismo, en un claro ejemplo de modestia y honestidad.

Fue un auténtico creador que, con la letra como espada, construyó castillos que no dominaron vientos arteros ni tempestades provocadas por quienes se sintieron tocados por su verdad, una verdad dicha a tiempo y con valentía. Reyes Velázquez constituyó dentro del periodismo regiomontano, un sano y constructivo ejemplo de cómo se ejerce la libertad de prensa.

En un sincero homenaje, la Capilla Alfonsina desea recordar al maestro Pedro Reyes Velázquez, una

extraordinaria figura del magisterio, un modelo de periodista y uno de los intelectuales más auténticos, quien supo vivir plenamente, con la sensibilidad del humanista que se proyecta hacia los demás para ser y hacer hombres íntegros.



*Nota: Selección y recopilación de notas por Magdalena Vignau de Aguirre, leído por la licenciada Cynthia Dávila Longoria.*

## De Aventura y Escarmiento a Sopa de Letras

Rosaura Barahona

**M**e piden que escriba algo acerca de mi maestro, don Pedro Reyes Velázquez, y me extraña un tanto la petición, porque durante años no he hecho otra cosa sino escribir sobre don Pedro. En la casa familiar nos educaron para que fuéramos seres agradecidos, de manera que jamás nos ha costado trabajo agradecer lo agradecer a quien nos haya dado u ofrecido algo.

Escribir sobre don Pedro es muy fácil y muy difícil. Muy fácil, porque tenía una personalidad tan fuerte y tan **sui géneris**, que a quienes lo conocimos nos resulta inolvidable. Muy difícil, porque la memoria siempre nos traiciona y puede haber maquillado algunos de los recuerdos que atesora.

Conocí a don Pedro en septiembre de 1958, cuando entré al Tec con la primera generación de la entonces Escuela de Letras. Tenía su cubículo en el segundo piso de Aulas 3, del lado poniente, y muy cercano a las oficinas del director de la Prepa.

No me dio clase los primeros semestres, pero desde el principio nos impresionó, porque tenía fama de peleonero (¡quién sabe por qué sería!) y de ser muy estricto con sus alumnos. Sabíamos que leía mucho y

extraordinaria figura del magisterio, un modelo de periodista y uno de los intelectuales más auténticos, quien supo vivir plenamente, con la sensibilidad del humanista que se proyecta hacia los demás para ser y hacer hombres íntegros.



*Nota: Selección y recopilación de notas por Magdalena Vignau de Aguirre, leído por la licenciada Cynthia Dávila Longoria.*

## De Aventura y Escarmiento a Sopa de Letras

Rosaura Barahona

**M**e piden que escriba algo acerca de mi maestro, don Pedro Reyes Velázquez, y me extraña un tanto la petición, porque durante años no he hecho otra cosa sino escribir sobre don Pedro. En la casa familiar nos educaron para que fuéramos seres agradecidos, de manera que jamás nos ha costado trabajo agradecer lo agradecer a quien nos haya dado u ofrecido algo.

Escribir sobre don Pedro es muy fácil y muy difícil. Muy fácil, porque tenía una personalidad tan fuerte y tan **sui géneris**, que a quienes lo conocimos nos resulta inolvidable. Muy difícil, porque la memoria siempre nos traiciona y puede haber maquillado algunos de los recuerdos que atesora.

Conocí a don Pedro en septiembre de 1958, cuando entré al Tec con la primera generación de la entonces Escuela de Letras. Tenía su cubículo en el segundo piso de Aulas 3, del lado poniente, y muy cercano a las oficinas del director de la Prepa.

No me dio clase los primeros semestres, pero desde el principio nos impresionó, porque tenía fama de peleonero (¡quién sabe por qué sería!) y de ser muy estricto con sus alumnos. Sabíamos que leía mucho y

que tenía una memoria impresionante, cosa que pudimos comprobar no mucho tiempo después, de manera que siempre lo veíamos con enorme respeto.

En mi archivo de recuerdos tengo a varios don Pedros. Al maestro de literatura que alguna vez nos presumió cómo se sacó la lotería (nunca nos dijo el monto), lo que le permitió dedicarse todo un año a leer por las mañanas y a irse al cine por las tardes, actitud –supongo– que sería condenada por cualquier inversionista pragmático y economicista, pero que fue y es aplaudida por todos los que pensamos que leer es una forma de vivir y, por lo mismo, soñamos con pasarnos un año, algún día, leyendo sin preocupaciones de ningún tipo, y yéndonos al cine en la tarde para regresar y dormir como sólo los ángeles pueden hacerlo.

Otro don Pedro es el que, al participar en una discusión, iba acumulando un vapor furibundo que se anunciaba con el cambio del tono de voz, siempre grave, pesado, precioso y que podía subir repentinamente hasta volverse contundente.

Esas señales nos habían enseñado a no buscarle tres pies al gato, porque ya sabíamos que no se guardaba nada, de manera que respetábamos la raya imaginaria que imponía con su actitud. Nadie osaba desafiarlo verbalmente para ver si lo metíamos en aprietos, como hacíamos con otros maestros, nomás por ociosos y engreídos (nosotros, no los maestros).

Los alumnos becarios teníamos que hacer tareas sencillas para compensar de alguna manera la beca. A mí me tocaba calificar tareas de inglés para Mr. Bruner, Mr. Coindreau, Miss Oly González o Sarita Villarreal. Los becarios teníamos permiso para entrar o salir del

cubículo en donde los maestros nos dejaban los legajos con tareas, de manera que entrábamos todos los días a esa área.

Un día llegué a dejar mis tareas como de costumbre y me topé con un mozo en cada una de las puertas de entrada. No nos dejaron pasar. Yo insistía en pasar porque ya era hora de entregar las tareas, pero no hubo poder humano que convenciera a los mozos de dejarnos pasar.

A las dos horas ya sabíamos por qué. Don Pedro había tenido una disputa con algunos de sus colegas y la discusión había estado a punto de llegar a los golpes (algunos decían que habían llegado), de manera que, muy sensatamente, las autoridades habían impedido que ingresáramos los alumnos para no tomar malos ejemplos de nuestros mentores.

Ese mismo don Pedro alguna vez debatió públicamente con otro colega por un desacuerdo en el juicio sobre una película. Yo guardé durante años las columnas de refutación de uno y otro porque resultó una discusión muy interesante (¿deberé decir aleccionadora?), pero en una de tantas cambiadas de casa, las extravié.

Luego está el don Pedro de Cuquita, su esposa, y de sus hijos. A ése lo conocí en mi segunda etapa en Monterrey, cuando regresé de trabajar en Mexicali y entré a dar clases al Tec y a trabajar en Biblioteca. Era una persona muy diferente a la que conocíamos dentro del aula y tenía toques mucho más conservadores de los que imaginábamos. Sin embargo, siempre tuvo un profundo respeto por las decisiones de sus hijos. Prueba de ello son las personalidades tan diferentes entre algunos y los oficios tan dispares de varios.

En esa misma línea de lo familiar, recuerdo que tras un accidente, algunos de sus sobrinos quedaron sin padre y, sin que él nos lo dijera, supimos que se hizo cargo de ellos y los integró a su familia. Cuando semanas después alguna alumna se lo preguntó en tono de admiración, simplemente respondió: "¿Y usted cómo se enteró de eso? Además, no es ningún mérito, ya lo dice el dicho: 'donde comen dos, comen tres', así que donde viven ocho, viven once y da lo mismo", tras lo cual siguió adelante con la clase y no dejó que se discutiera más el asunto.

En varias ocasiones, he dicho que don Pedro fue panista antes de que se usara serlo. Para mi mentalidad de 17 años de aquellos tiempos, ser panista era como ser iluso. Tampoco entonces estaba de acuerdo con muchos de los objetivos de ese partido, pero en aquella época me parecía imposible que alguna vez llegara al poder.

Don Pedro fue diputado por el PAN y dio la lucha. Coincidió en el Congreso, si no me equivoco, con otro ilustre y admirado maestro, don Ricardo Covarrubias, que no era panista y quien también era de Jalisco, como don Pedro. La admiración de don Pedro por don Ricardo y de don Ricardo por don Pedro era evidente, de manera que podían discutir y estar en desacuerdo, pero sus discusiones siempre fueron respetuosas, de altura y haciendo uso de la inteligencia.

Jamás un ataque personal, sino un desacuerdo en cuanto a las ideas. Claro, don Pedro gozaba cuando decía de alguien: "Es un buen hombre y maneja perfectamente sus conceptos, a pesar de ser priísta pero, bueno, nadie es perfecto..." y luego soltaba una carcajada.

Después está el don Pedro de las columnas en *El Porvenir*. **Aventura y Escarmiento** tocaba temas políticos y era todo lo crítica que una columna podía serlo en esos momentos. **Sopa de Letras** hablaba de literatura. La visión clara y precisa de su autor armonizaba con su prosa: sencilla, directa, fácil de leer pero nunca trivial ni superficial.

Escribir así no es sencillo. Alfonso Reyes lo llama "la difícil facilidad"; es decir, hacer creer al lector que nada más se había sentado y había escrito y todo había salido facilito y clarito a la primera, implicaba un conocimiento profundo del tema, trabajo estilístico y un proceso de reflexión previo o inmediato.

A diferencia de algunos de sus coetáneos, a don Pedro se le entendía todo lo que decía y quería decir. A fe que había otros que ni con estudios de paleontología les podíamos descifrar lo que intentaban comunicar.

Luego estaba el don Pedro discutidor, el que nos retaba con un tema y gozaba cuando éramos capaces de defendernos. Conmigo siempre era la educación religiosa. Él estaba a favor de que en los colegios se diera catecismo y una formación religiosa obligatoria, porque en casa no se daba y yo, como buena hija de dos papás inteligentes, uno masón y otra católica ferviente, le decía que no (lo sigo diciendo) y ni él cedió ni yo cedí, porque ninguno logró convencer al otro, pero creo que, por lo menos yo, aprendí mucho de la discusión.

Hay otro don Pedro que yo gocé muchísimo y es el irónico, el sarcástico, el que hacía pinole a alguien con una frase brevísima y sencilla. De ése guardo numerosos recuerdos que, por desgracia, no puedo compartir en

público, porque sus víctimas son muy fácilmente identificables aunque no diga su nombre y varias de ellas están vivas, de manera que no sería ético de mi parte narrar estas anécdotas de manera específica.

Por último y sin duda en primer lugar, está el maestro de Literatura, que no cumplía con muchos de los cánones del Tec a la hora de dar clases, pero que compensaba las fallas con una pasión y un amor por la literatura que pocos maestros nos dieron.

Don Pedro había leído mucho y eso le permitía llegar a clase a hablarnos de Molière, por ejemplo, y a hacer toda una serie de conexiones con los clásicos, con los italianos renacentistas, con los españoles contemporáneos, con los ingleses victorianos y con los novohispanos.

Se hablaba de un tema y aunque entonces no había computadoras personales, él le picaba al botón interno del tema y nombraba una lista de poetas, dramaturgos, novelistas, cuentistas o ensayistas que se habían ocupado de tal asunto y daba fechas, lugares, títulos y algunas calificaciones y recomendaciones sobre la marcha, que nos hacían poner atención.

Se enojaba cuando alguien nos quería hacer ver la literatura como algo que siempre debía estudiarse, porque primero había que disfrutarla, decía. Los que ya la disfrutábamos, lo defendíamos a capa y espada, porque sabíamos que para él leer era también un placer orgánico, de esos que gracias a Dios la iglesia todavía no descubre, porque ya lo hubiera incluido entre los pecados mortales.

Don Pedro nos ponía a traducir, a leer y a escribir con mucha frecuencia. El me señaló mi inclinación por los adverbios terminados en **mente** que se engullen los párrafos y por él puse atención a mi tendencia a elaborar largas oraciones. "Lo breve y bueno, dos veces bueno", me decía, citando por supuesto a uno de sus autores predilectos, y he procurado no olvidarlo, excepto, en ocasiones como éstas, en las que el objeto de atención necesita siempre más tiempo del que le podemos dar.

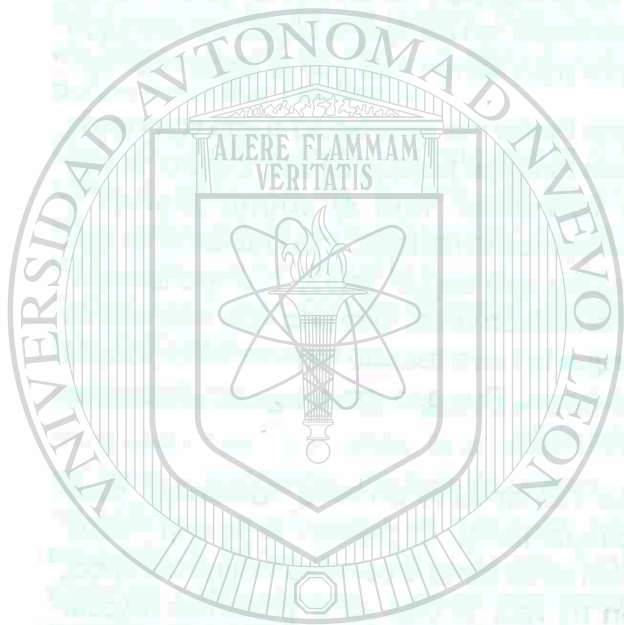
La muerte de don Pedro me sorprendió como sorprende la muerte de todo maestro porque tal vez, dentro de ese corazón que volvemos niño al contemplarlos y admirarlos, los creemos inmortales. Indudablemente don Pedro tenía mucho que seguir dando cuando falleció, pero también indudablemente, tuvo una vida interesante y plena, no porque le haya tocado tenerla, sino porque buscó que así fuera. Por eso creo que no debemos llorarla sino celebrarla.

No puedo estar físicamente en este homenaje, pero estoy aquí espiritualmente. La presencia de don Pedro, como la de tantos otros seres a quienes mucho les debo, es frecuente en mi vida. Si bien ya no podemos discutir con él lo que está pasando en el país en este momento tan interesante y difícil de calificar, podemos seguir dialogando sobre los textos de los autores que nos dio a conocer, los que cuestionó y los que defendió a capa y espada, aunque no estuviera de moda hacerlo.

Don Pedro, como todo buen maestro, trascendió las aulas, las tareas, los exámenes y las calificaciones. Lo que nos enseñó no sólo dentro del currículo, sino con su ejemplo personal, nos ha servido para navegar como mejor creemos dentro de esta ruta que a falta de mejor nombre llamamos vida.



Gracias, don Pedro, por haber sido tan generoso con nosotros sus alumnos. Nos dio lo que el programa decía que nos debía dar, pero también se dio usted, y era un usted muy, muy usted. No cualquiera. Supongo que me recuerda, soy -de acuerdo a sus propias palabras y acertada precisión- la dulcísima Rosaura.



*Nota: Escrito de la licenciada Rosaura Barahona, leído por la licenciada Magdalena Vignau de Aguirre.*

## Palabras del señor Eugenio Armendaiz

Señoras y señores:

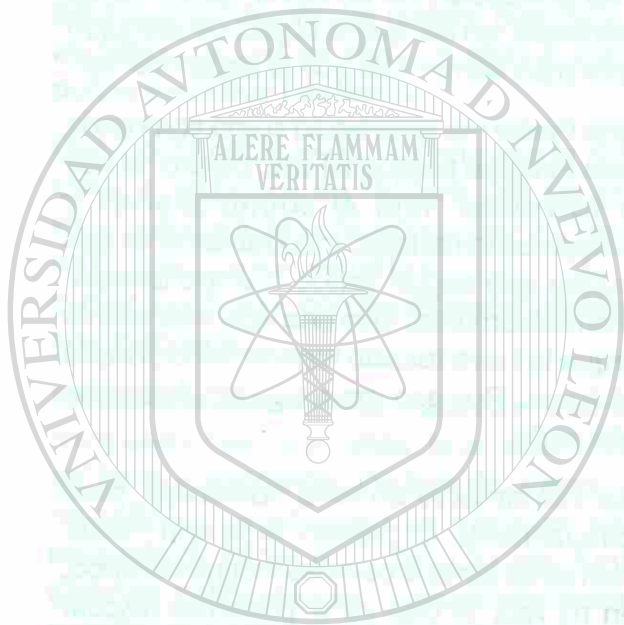
**H**e sido invitado a este homenaje al profesor Pedro Reyes Velázquez, que me honra, pero temo quedar muy por debajo de lo que él merece. Válgame la comprensión de todos ustedes y el afecto que él y yo nos teníamos mutuamente.

Creo que él hubiera estado muy satisfecho –de haberlo supuesto– al ver que este homenaje se realiza aquí, en la Capilla Alfonsina de la Universidad de Nuevo León, y con la asistencia de sus familiares y amigos.

¿Cómo era el maestro Pedro? Bueno, debo decir, en primer lugar, que yo lo conocí y traté por muchos años. Y también que, aunque éramos compadres, pues mi esposa y yo somos padrinos de su hijo Eugenio, que está aquí presente, siempre nos tratamos de usted, aunque eso no impidió que me confiara cosas íntimas que quizá a pocos haya comunicado. Es decir, lo conocí bien.

Era desde luego una persona con capacidades diversas: ya oímos que era periodista, político y desde luego maestro. Hombre de carácter, inteligente, defensor de sus principios. Yo diría insobornable. Tenía sus desplantes. Yo lo traté porque era parte de un grupo de

Gracias, don Pedro, por haber sido tan generoso con nosotros sus alumnos. Nos dio lo que el programa decía que nos debía dar, pero también se dio usted, y era un usted muy, muy usted. No cualquiera. Supongo que me recuerda, soy -de acuerdo a sus propias palabras y acertada precisión- la dulcísima Rosaura.



*Nota: Escrito de la licenciada Rosaura Barahona, leído por la licenciada Magdalena Vignau de Aguirre.*

## Palabras del señor Eugenio Armendaiz

Señoras y señores:

**H**e sido invitado a este homenaje al profesor Pedro Reyes Velázquez, que me honra, pero temo quedar muy por debajo de lo que él merece. Válgame la comprensión de todos ustedes y el afecto que él y yo nos teníamos mutuamente.

Creo que él hubiera estado muy satisfecho –de haberlo supuesto– al ver que este homenaje se realiza aquí, en la Capilla Alfonsina de la Universidad de Nuevo León, y con la asistencia de sus familiares y amigos.

¿Cómo era el maestro Pedro? Bueno, debo decir, en primer lugar, que yo lo conocí y traté por muchos años. Y también que, aunque éramos compadres, pues mi esposa y yo somos padrinos de su hijo Eugenio, que está aquí presente, siempre nos tratamos de usted, aunque eso no impidió que me confiara cosas íntimas que quizá a pocos haya comunicado. Es decir, lo conocí bien.

Era desde luego una persona con capacidades diversas: ya oímos que era periodista, político y desde luego maestro. Hombre de carácter, inteligente, defensor de sus principios. Yo diría insobornable. Tenía sus desplantes. Yo lo traté porque era parte de un grupo de

diez o doce parejas que nos reuníamos los sábados por la noche, a eso de las nueve, en las distintas casas, y allí llegaba él con su señora esposa a la que él llamaba "Tata" de cariño, y nosotros también, por supuesto, y nos daba conferencias sobre temas literarios, a las que llamábamos "clases", que sí lo eran por el orden que llevaban, pero no en el sentido que tuviéramos que hacer tareas o presentar examen. Fueron de mucha utilidad para nosotros, porque nos orientaba, y contestaba nuestras preguntas, etc.

Allí llegaba el maestro cargado de libros que prestaba con toda generosidad. Y ya que hablo de esto, tengo que decir que hace unos días vine a conocer la Capilla Alfonsina, para ambientarme un poco. Me mostraron arriba, en la Sala de Literatura, los libros que pertenecieron a Pedro y que la Universidad adquirió de su viuda. Ya oímos hace un rato que son como 7,000. Están a continuación de los 26,169 de don Alfonso Reyes. Después los del maestro Covarrubias, y así hasta más de 50,000 ejemplares. Yo nunca sospeché que Pedro tuviera tantos libros.

Bueno, repito que los prestaba con toda generosidad, para que conociéramos las obras, y desde luego nos explicaba en cada caso todo lo relativo al autor, ubicación en el tiempo, características de su estilo. Sus clases eran una delicia, porque siempre manejaba el tema no nada más con conocimiento, sino con verdadero gusto. Le gustaba la materia. Le gustaba y sabía enseñar.

Decíamos que tenía sus desplantes. Era un verdadero personaje. Le encantaba espolear con pullitas. Por ejemplo, a mi esposa, que es muy amiga de la música española, le decía: "Sí... la España de pandereta..." o

cuando hablaba de que le gustaba Bécquer o la música de Chopin, le soltaba: "Usted se va con el bacilo de Kock"... Así, con burlita, y se reía... o a mí, que sabía que me había criado en España y que mi madre y hermanos vivían allá, me soltaba: "España, ese país en donde el filete en lugar de comérselo lo torear"...

Pero era siempre atento y cortés. Su agresividad era un juego. Era desde luego muy pulcro y bien arreglado. Llegaba bien boleado. Se solía limpiar los zapatos en "La Perra Suerte", que era un expendio de lotería que estaba al lado del edificio de Salinas y Rocha, por la calle de Zaragoza con Morelos, y que desapareció con la Macro Plaza. Tengo que decir también, con respecto a su corrección y pulcritud, que nunca le oí decir palabras malsonantes. Nunca, ni cuando no había señoras. Era pugnaz, no le gustaba perder las discusiones, atacaba, pero siempre con respeto. Un respeto mordaz y picosillo, pero respeto.

Ya oímos que fue periodista y sin duda de los más leídos. Durante muchos años colaboró con *El Norte* y a últimas fechas con *El Porvenir*. Me contó que escribía a máquina y casi siempre de una sentada. Tenía mucha práctica. Alguna vez me dijo: "Hay que procurar que el lector no adivine desde el principio lo que va usted a decir, para que llegue hasta el final".

No sé si ya me extendí demasiado, pero en fin, creo que debo contar algunas cosas más.

Bueno, ya dije que las clases empezaban con su conferencia. Se sentaba y empezaba la exposición. Tenía una memoria formidable. Se acordaba de toda clase de datos, referentes al autor, a la obra, a la época, y así recorrió, a lo largo de los años, toda la literatura.

Empezó con autores latinos, luego con la lengua castellana, desde el Mio Cid hasta nuestros días, pasando por la literatura de la Edad Media, luego el Renacimiento, el Siglo de Oro, el Romanticismo, el Modernismo. Todo, la literatura hispano-americana, literatura inglesa, francesa, alemana, italiana, Premios Nobel.

Y, después de la conferencia, venía la cena, y él disfrutaba con todo. Con la cena, con el vinito, con la sobremesa; porque normalmente estábamos, las señoras en una mesa y los señores en otra. Y allí se armaban a veces unas discusiones muy sabrosas. Allí revolcaba al que fuera... aunque alguna vez también le tocó perder. Luego venía la música. Era un grupo en donde había gente que le gustaba tocar y que lo hacía muy bien. Y el maestro empezaba, "preludio, preludio", y entonces la señora Adriana Benítez de González Landois, aquí presente, se sentaba al piano y tocaba el Preludio Núm. 7 de Chopin... trala, la, la, la, la, la, la, la.

Luego tocaba otras cosas de música clásica, y a continuación venían otros intérpretes o mi esposa, que también sabía acompañar a los que quisieran cantar. Por cierto que Pedro cantaba muchas canciones. Y cuando le preguntaban, ¿en qué tono, profesor?, El contestaba fachendosamente, "en cualquiera, yo soy tenor absoluto"... A veces cantaba una canción que siempre dedicaba a su esposa. La canción se llama "Fue mentira", del maestro Esparza Oteo, y que va así: "Fuiste mentirosa con mi querer al jurarme que me amabas de verdad",... y terminaba..." y aunque el beso que te di, yo jamás te lo fingí, fue mentira, fue mentira, fue mentira nuestro amor". Al concluir le decíamos: "fue mentira... y le dio nueve hijos... conque"... Pedro se reía socarronamente.

A veces él mismo se acompañó con la guitarra, como aquel corrido que iba así: "Óiganme el nuevo corrido, óiganmelo sin respingos, de cómo los mexicanos nos vamos volviendo gringos. Quick lunch llaman a la fonda y al señor le dicen mister, y pa'pedirte una hermana, te dicen, give me your sister, óiganme el nuevo corrido".

En esas veladas, imborrables en nuestra memoria, todos disfrutábamos enormemente. Y, cuando se ofrecía, él también decía algunos poemas que se sabía de memoria, como aquel de Antonio Machado que va así:

"Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.

Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

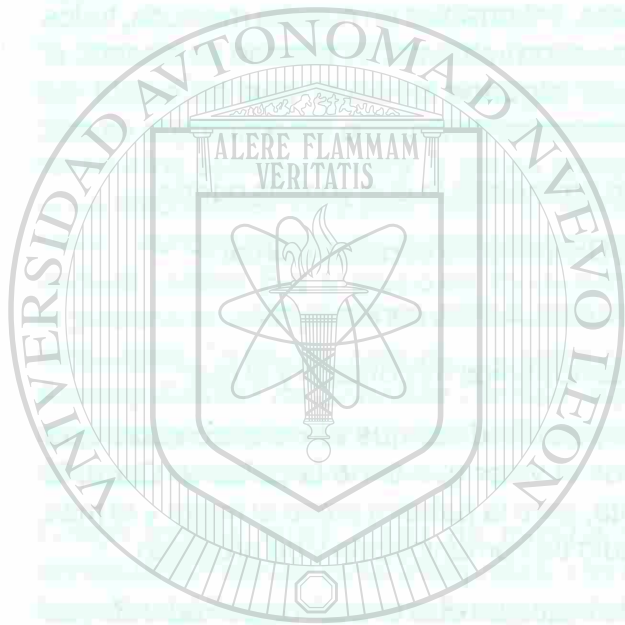
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.

Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar".

Para terminar, quiero decir que el maestro quiso que entendiéramos el valor que tiene la palabra. Claro, la palabra escrita, pero la palabra como el mejor y el más auténtico medio de comunicación y de progreso.

Por eso, repito lo que en otra ocasión dije: Pedro Reyes Velázquez, compadre, amigo y maestro, gracias por todo lo que nos diste".

Muchas gracias.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

BUENAS TARDES:

MUCHAS GRACIAS POR ESTAR AQUÍ PRESENTES:

EL SIGUIENTE TEXTO FUE ENVIADO POR MI HERMANA LETICIA, QUE VIVE EN EL VECINO PAÍS DEL NORTE DESDE HACE MUCHO TIEMPO.

ÉSTA ES SU PARTICIPACIÓN PARA ESTAR PRESENTE EN ESTE EVENTO.

MI PADRE Y MAESTRO: UNA SEMBLANZA.

**P**edro Reyes Velázquez, maestro, periodista, hombre político, también padre de una numerosa familia. Para mí, los recuerdos que más vivamente perduran son los del padre y maestro. De niña, recuerdo la irritación que mis hermanos y yo sentíamos cuando había que guardar silencio, cuando mi madre nos recomendaba no molestar al padre que preparaba una conferencia o escribía uno de sus dos artículos diarios. ¿Qué hacía papá con los dos índices que picoteaban veloces las teclas de la vieja máquina de escribir? Salpicaba palabras en el papel, temprano en la mañana y de nuevo como a las cinco de la tarde, para llenar cada vez dos cuartillas, mientras el volumen del radio le servía de muralla frente al bullicio familiar. Y tras unos treinta minutos de intensa concentración, el artículo – original sin copia – estaba listo para ser llevado, en taxi, al respectivo periódico regiomontano en que se publicaba.

¡Ah, Maese Pedro! ¡Ah, Pit! Y saber mucho después que esos artículos eran ávidamente leídos por un vasto

público, que regocijaban con su vigor y fina ironía e instruían con su accesible lucidez a tantos fieles lectores, para quienes quizás eran el único acceso de un patrimonio cultural desconocido. Y comprender mucho más tarde que en sus escritos de tema político, mi padre supo despertar el celo cívico, atizando la inteligencia, invitando a una visión crítica y acertada de los problemas que afligían al país.

Padre severo e impaciente, nos exigía perfección en todo. No comprendía yo entonces la vida tan difícil que llevaba mi padre. El ritmo cotidiano lo volvía tenso, siempre con la presión de la hora, del compromiso siguiente. Artículo matutino, clases en el Tecnológico, de las ocho de la mañana a la una de la tarde. Siesta sagrada de quince hasta treinta minutos. Una o dos veces por semana, clases de Redacción y Periodismo en la llamada "Extensión del Centro", que era parte del Tecnológico. Artículo vespertino. Una o dos veces por semana, clases particulares, sea por la tarde, sea por la noche, a grupo de la alta estirpe regiomontana. Y valga decir, ¡qué puntualidad de hombre, qué pulcritud del traje, camisa blanca y corbata en pleno verano!

No sé cuándo ni cómo mi padre encontraba también tiempo para una activa labor política. No sospechaba de niña que esa labor había comenzado años antes de mi nacimiento, cuando el joven Pedro, aún soltero, viajó por toda la república con el grupo fundador, organizando las entidades locales del naciente Partido de Acción Nacional. Esa labor en cierto modo culminó poco antes de mi propia boda, cuando Pedro Reyes Velázquez participó en el Congreso Nacional —primer diputado de oposición en una época y país en que la oposición era más bien virtual— y hasta fue nombrado Vicepresidente de la Cámara de Diputados.

Fue de adolescente cuando tuve la grata experiencia de descubrir tanto al maestro como al político, los dos lados más públicos de mi padre, justo cuando se avecinaba una memorable elección. Un par de veces presencié y me uní a la euforia colectiva que provocaban los discursos políticos de mi padre. Era formidable ver cómo durante el mitin se iba multiplicando la gente; el grupo de fieles seguidores con que comenzaba el evento se ensanchaba pronto a varios miles de personas, sin duda cautivadas por la magistral oratoria de mi padre, pero también conmovidas por la franca exposición de verdades tristes y urgentes, y por la vehemencia con que se les exhortaba a participar en la vida política. No cabe duda que en muchos jóvenes esta temprana simiente dio frutos años más tarde.

El maestro de literatura fue toda una revelación, que corroboró mi incipiente vocación docente. Recuerdo la amplitud y la concreción con que mi padre exponía y explicaba conceptos, movimientos, escuelas, con una claridad difícil de igualar. Con todos mis títulos académicos, envidio al profesor autodidacto. ¿Cómo imitar aquel magistral uso del pizarrón con que iniciaba sus cursos? Con su letra nítida y uniforme, mi padre configuraba en esquemas y subdivisiones un extenso panorama histórico, en que se inscribían los pormenores que iban a ser examinados. Llenaba puntualmente toda la superficie, pero nunca le faltaba pizarra. Hoy día, esos esquemas todavía impresos en mi mente me sacan de apuros cuando no tengo tiempo o ganas de consultar textos más especializados. Mucho más significativo para mí fue ver esa entrega total, amorosa, al texto literario, sobre todo a ciertos poemas líricos de Machado, Lorca, Darío, Fray Luis de León, y muchos más. Al releer esos textos, visualizo y escucho a mi padre con su entusiasmo

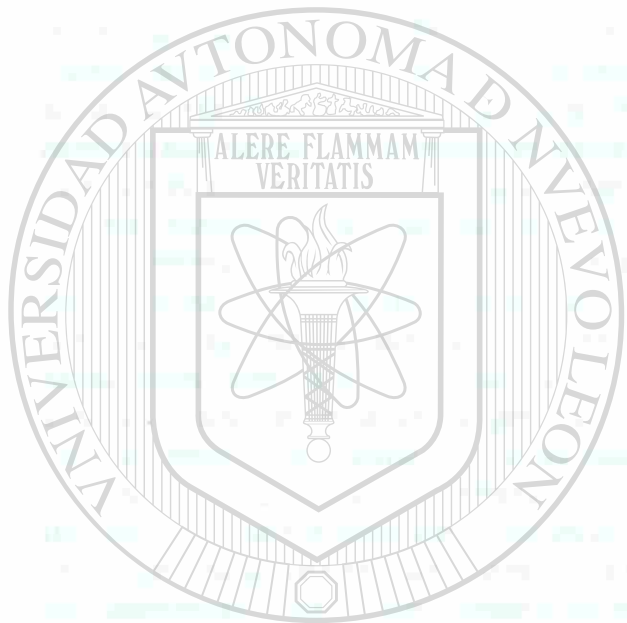
contagante, la inflexión variada de la voz, el timbre dinámico con que impregnaba las palabras de emoción y de vida. Algo semejante ocurría cuando comentaba y leía su texto favorito, *El Quijote*. En el ambiente académico norteamericano jamás he escuchado algo parecido, y lo extraño, al maestro.

Vuelvo al padre. No era fácil convivir con él, varón patriarcal que no entendía o aceptaba crisis de adolescencia. Pese a su extremada autoridad, o quizás debido a ella, pienso que su indeleble huella es de marca muy positiva. A más de un hermano y hermana y a mí nos hizo fuertes de carácter, de convicciones claras y valores definidos. Ya adulta, pude hacer las paces con aquel padre intransigente, y nos volvimos grandes amigos, compartiendo lecturas, visiones del mundo y hasta viajes memorables. En Italia, a lo largo de museos y monumentos, me deslumbró su profundo conocimiento del arte renacentista, tema que yo asociaba más bien con otro admirado maestro, Alfonso Rubio. La visita que hicimos a la Catedral de Chartres en Francia fue una experiencia intensa, pues raras veces vi a mi padre tan conmovido. Luego nos explicó a mi madre y a mí que había añorado ese viaje a Chartres desde su adolescencia, al calor de los versos de Charles Peguy, versos que ahí recitó y que yo desconocía. Y en España, cada etapa del Camino de Compostela durante el Congreso Itinerante en el que yo participé, se vio enriquecida con la habilidad de infundir alma a la vetusta erudición y de integrarla a la cultura del presente. De esos viajes quedan vívidas estampas publicadas en varios periódicos del país.

Uno no escoge a los progenitores. Pero cuán formativo y definitivo ha sido para mí el contacto con mi padre. Me

marcaron su tenacidad, su rebeldía, su quijotesco idealismo, su temple moral. Quiero hoy también rendir homenaje a su memoria. Gracias, padre y maestro.

*Nota: Escrito de la licenciada Leticia Reyes Romo, leído por Magdalena Reyes Romo.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Querido Maestro:

Mercedes Elizondo de Martínez

**L**egaste como un parteaguas de conciencias a un grupo de mujeres jóvenes, recién casadas, unidas por el deseo de aprender. A ese grupo de señoras inmersas en una sociedad tradicional –que a nuestro parecer ofrecía casi a todas las respuestas y alejaba de nosotras la necesidad de cuestionarnos-, dirigiste tus palabras, valientes y retadoras, que como saetas alcanzaron el corazón de lleno y cimbraron el comfortable mundo en que vivíamos.

Cada martes, con tu saludo amable y los libros bajo el brazo, acudías puntualmente a la clase, y de manera informal ibas abriendo tu memoria para citar a aquellos autores literarios, clásicos y de vanguardia, que sentías tenían algo que aportar a nuestros amenos diálogos. ¡Compartías conceptos tan interesantes, colmados de agudeza y salpicados de inolvidables y divertidas anécdotas!

Nos invitabas a escuchar, no al maestro que tiene toda la verdad, sino al que llama a la reflexión, ésa que sacude el alma y conduce al cambio y a la transformación. Tenías una clara visión del papel de la mujer y, con tu estilo tan especial, adelantado a los tiempos, despertaste en nosotros la conciencia del compromiso



social que, por el hecho de ser mujeres, habíamos de tener.

Desplegaste ante nuestros ojos un panorama nuevo que rompió esquemas, y en esa libertad pudimos darnos permiso de escribir. Nos ofreciste las herramientas para ponerle alas a la fantasía y a la creatividad, y así brotaron los cuentos y los poemas que dormían dentro de nosotras.

Con tu vitalidad y entusiasmo desarrollaste en nosotras, además del gusto por aprender, la posibilidad de participar en la vida. Tu honestidad como persona, maestro, periodista y político, nos hizo ver que siempre es mejor arriesgarse a cometer equivocaciones que permanecer como espectadores.

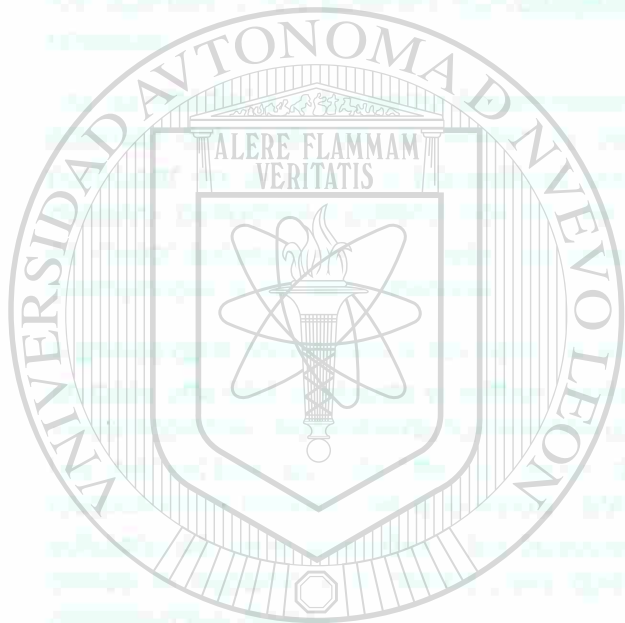
A través de ti conocimos a tus hijos, te acompañamos en cada una de sus etapas y vivimos contigo sus logros y sus tropiezos. Supimos de tus sueños para ellos y de tus esfuerzos por darles lo mejor que podías. Escuchamos también de la querida Tata, compañera solidaria de tus inquietudes y tus búsquedas, quien te brindó el espacio y el marco para que tú pudieras perseguir tus ideales.

A veinte años de tu partida, quiero decirte que tu cátedra aún no ha terminado. Sé que en mí continúa, siempre que quiera detener mi prisa para contarle a alguien un cuento nuevo, o para descubrir de la vida su poema; siempre que acepte el compromiso de llegar a tocar el fondo de nuestras realidades para trabajar por esta tierra y transformarla, con toda la fuerza interior que en mí habita y que tú supiste ver y despertar.

Gracias, Pedro Reyes Velázquez, Maestro de Literatura, pero –sobre todo– Maestro de la vida. Le doy gracias a

Dios, porque tu luz iluminó parte de mi camino, porque esa semilla que sembraste sigue dando frutos en todos nosotros y nos congrega hoy, con el mismo cariño de aquel entonces.

Muchas gracias a todos ustedes por permitirme compartir este legado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## Luis Eugenio Todd

Monterrey, N. L., a 5 de julio del 2001.

Lic. Cynthia Dávila Longoria,

Directora de la Capilla Alfonsina de la UANL.

Presente.

Estimada Lic. Dávila:

**N**ada me habría hecho más feliz en esta circunstancia histórica, que hablar del Maestro Pedro Reyes Velázquez, pero un compromiso en el extranjero me impide hacerlo a través del verbo y de la elocuencia que le eran connaturales, pues como todos sabemos, una de sus características sobresalientes era la elocuencia.

Siempre recordaré que él fue mi maestro de oratoria en un curso que el Partido Acción Nacional impartía en mi época de estudiante de preparatoria, su brillantez, su metodología y su capacidad de expresión me inculcó los valores fundamentales de este bello arte del saber hablar bien y a tiempo que todavía practico. Es decir, todo esto se lo debo a mi recuerdo nostálgico de un gran regiomontano que, aunque nació en Jalisco, ejerció el don de servir y de enseñar aquí en Nuevo León.

Don Pedro Reyes Velázquez fue un ave **sui generis**, pues además de las expresiones verbales a que he hecho mención y que lo convirtieron en el mejor orador de su época en su partido y en otros partidos políticos,

tenía una enorme capacidad de abstracción literaria y su avidez por la lectura y por el análisis de los textos le permitieron alternar en sus columnas políticas **Sopa de Letras y Aventura y Escarmiento**, pues un día hablaba de un libro, lo disecaba con propiedad y al otro día impartía una cátedra de ciencia política con la mayor naturalidad.

Dicen los costumbristas que uno siempre habla bien de los que ya no están en este mundo, pero en esta ocasión no es así, pues miles de personas hablaron bien en vida de quien combinaba el liderazgo político, la capacidad literaria y una fina elocuencia que recordaba a los viejos tribunos como: Nemesio García Naranjo, Luis Pérez, Alejandro Gómez Arias, Lombardo Toledano y Manuel Gómez Morín, este último visionario y fundador del Partido actualmente en el poder, que frecuentemente olvida las bases conceptuales que hicieron nacer a Acción Nacional y que Reyes Velázquez defendió con vehemencia en la Cámara y en todas las tribunas que le fueron otorgadas por las circunstancias.

Tuve la oportunidad de conocerlo personalmente al igual que a todos los panistas de la democracia cristiana, como: Luis Hinojosa, Gonzalo Guajardo, Francisco Calvi y el gran Pablo Emilio Madero, todos ellos compartían la filosofía política de Pedro Reyes Velázquez.

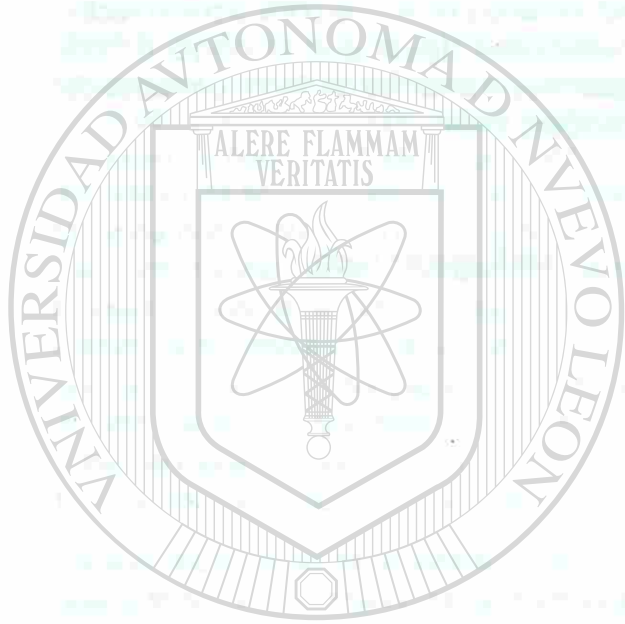
Los tiempos cambian y las circunstancias también, pero los recuerdos continúan vigentes y la figura de Reyes Velázquez se hace cada vez más egregia y más importante cuando se compara con el mar de mediocridad que abunda en la política partidista contemporánea.

Por ello, mucha gente, desde los griegos, han buscado la inmortalidad del ser y del saber, ésa que ahora estamos recordando y de la que goza nuestro joven maestro, porque su muerte fue en el cenit de su juventud; pero... las cosas buenas duran poco.

Con un afectuoso recuerdo a su familia, de alguien que ama el concurso humano y cree en la política como vector de buenas intenciones, igual que lo creyó Reyes Velázquez, a quien hoy le estamos rindiendo un merecido homenaje, tardío pero justo.

Luis Eugenio Todd

*Nota: Carta del doctor Luis Eugenio Todd Pérez, leída por el licenciado Nehemías González García.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE FERIA Y CONVENCIONES

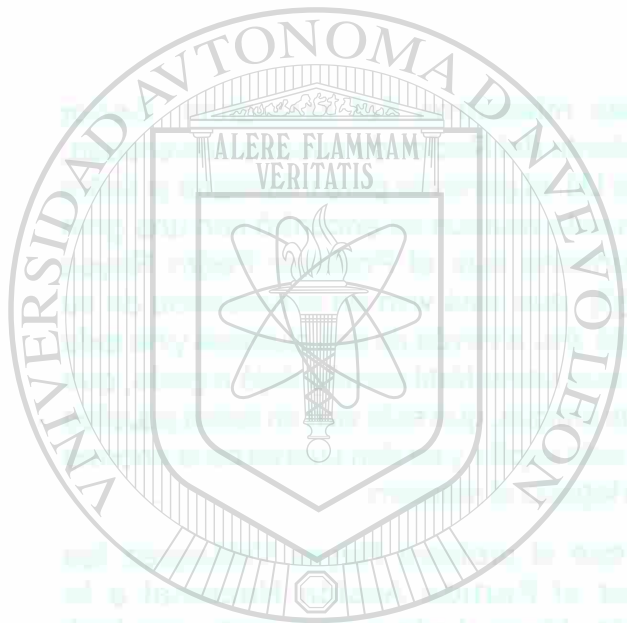
## SEÑORAS Y SEÑORES :

**H**onorables miembros del presidium. Señor representante del Rector de nuestra universidad, quiero que sea Ud. el portavoz para informarle al señor Rector que en esta reunión se encontró con una gran sorpresa; informarle que el Profesor Pedro Reyes Velázquez VIVE, que está vivo en la presencia de su familia, que está vivo a través de sus alumnos y de toda la enseñanza que como fértil semilla dejó regada, que está vivo en sus amigos, que está vivo en todos aquellos que acuden a esta capilla y se dan cuenta de la enorme cultura que ha legado el maestro.

En la época que el profesor Reyes Velázquez fue candidato por el Partido Acción Nacional a la Gobernatura de Nuevo León a un servidor me tocó colaborar con el candidato por el PRI, Pedro Zorrilla Martínez y nosotros en tono festivo los denominábamos Peter Pan y Peter Pri.

Y quiero compartir una expresión del entonces candidato por el PRI, Pedro Zorrilla Martínez que nos manifestó: "Jamás ha habido en la historia de nuestro partido un contendiente tan digno como el Profesor Pedro Reyes Velázquez".

Eduardo Martínez Alanís



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## Apuntes para una instantánea de Pedro Reyes Velázquez

(El periodista. El político)

Jorge Villegas

Primer Acercamiento: la queja sobre los escombros.

El currículo de Dunstano.

Pedro Reyes Velázquez se movía en medio de una sociedad provinciana, santurrona, con un alfiler en la mano.

Así reventaba globos de vanidad, de pretensiones principescas, de dictaduras políticas y sociales mal encubiertas.

Su humor sardónico, su lengua afilada y pluma de bisturí calaban hondo en una ciudad que muchos ya no recuerdan.

Monterrey era tierra de un solo partido, de una sola universidad, de un solo empresario, de un único periódico.

Y Pedro llegó a trabajar en la Universidad, a escribir en el otro periódico, a militar en el otro partido. ¿Quiere mayor desacato a tiempos y costumbres?

Con los años, con la nostalgia de sus columnas cotidianas, aprendimos a reconocer en Reyes

Velázquez un maestro del género, del periodismo combativo.

Con una visión renacentista, con un enfoque universal y pletórico de erudición subyacente, Pedro escribía para nobles y plebeyos. Para el lector culto y para el observador al vuelo.

Era, por su universalidad, por su visión por encima de las cabezas de sus contemporáneos, periodista de espectro amplio.

Periodismo cultural, de divulgación, de sopa de letras, marginalias y reseñas.

Periodismo de análisis político. El retablo de las maravillas.

Periodismo militante en periódicos de combate.

En tiempos de prensa uncida al sistema, don Pedro utilizaba lo que él llamaba estrategia jesuítica para burlar la censura:

"Mire -nos confiaba-, los editores normalmente sólo leen el inicio y el final de los artículos. Por eso empiece y acabe con asuntos inocuos. Y en medio aseste el mandarriazo".

De él aprendimos la técnica del verdugo más cotizado del reino: aquél que cortaba el cuello de un tajo y el condenado sólo se percataba del daño cuando rodaba su cabeza por el cadalso. Así de fino escribía don Pedro y algunos de sus discípulos. Con humor, con elegancia y con el dardo envenenado que no se advierte sino en la relectura, en la conclusión del lector.

Así era Maese Pedro, quien desplegaba su retablo de

las maravillas y nos hacía ver gigantes, monstruos y cruzados donde sólo había provincianos cándidos y laboriosos.

Pedro el político.

Reyes Velázquez pudo cumplir su destino con la cátedra lúcida en el Tecnológico.

Hubiera cumplido su misión en la vida con sólo ejercer la crítica social política desde las páginas de los periódicos.

Pero su pasión no podía enclaustrarse en el gabinete, en el aula.

Resolvió ser político aguerrido, militante.

Pongamos su militancia en contexto:

Ahora es fácil ser panista. Los espontáneos se arraciman a las puertas del partido, queriendo entrar, queriendo militar y gozar los deleites del poder.

El PAN de Pedro Reyes Velázquez era una entelequia, un sueño perdido de un puñado de ilusos regiomontanos. No muchos. Apenas unos cuantos.

No había IFE para neutralizar las marrullerías.

No había prerrogativas para sustentar la oposición. ®

No había un solo espacio político que dejara libre un partido gobierno monolítico y socarrón.

En ese partido de oposición beligerante, pero que no completaba las planillas ni en la zona metropolitana, militó don Pedro.

Era hombre de discurso de fuego, polemista agudo e invencible.

Pero también era hombre de mitin, plantón y desafío.

Cuando se resquebrajó por primera vez la mansión del poder, cuando se permitieron los diputados de representación proporcional, Pedro Reyes Velázquez apareció en la planilla del PAN.

El día de la elección, con los ojos de la nación observando el primer atisbo de democracia electoral, Pedro comprendió que la ventana de oportunidad demandaba gestos audaces, espectaculares.

Armó, pues, camorra por algunos de los frecuentes fraudes en la casilla. Tanto alboroto armó, que un pelotón de soldados lo aprehendió y lo subió a un jeep del ejército.

La foto del maestro del Tec, del opositor mártir, en un jeep militar y entre soldados y fusiles, apareció en todos los periódicos de México.

Por supuesto que el régimen se apresuró a reconocerlo como diputado, para que vieran lo avanzada que iba la democracia en México.

En el Congreso de la Unión, se comportó como un legislador responsable y negociador, cosa que lo enemistó con los radicales que lo querían ver morir en el fuego del martirologio.

También se les arrugó la nariz aristocrática cuando don Pedro decidió colaborar con una administración priísta en Monterrey.

El alcalde César Lazo, hombre generoso y liberal, llamó

a Reyes Velázquez para encabezar la Escuela Municipal de Verano, que rescataba la tradición perdida de la Escuela de Verano de Zertuche en la Universidad de Nuevo León.

Nunca hubo compromiso político ni compra de lealtades. Reyes Velázquez fungió con honor y brillo en el cargo y ayudó a escribir páginas luminosas en la crónica municipal.

Ahí trabajé con él. A mí me correspondía ejecutar los acuerdos de Pedro con el equipo municipal.

Nos reuníamos una vez por semana y hablábamos de todo, menos de la tarea municipal encomendada.

Eran paseos por la historia de las letras, por el anecdotario político de México.

Chismes de alto nivel sopeados en café y sarcasmos festejados a carcajadas.

Alguna vez quisimos invitar a don Alfredo Gracia, el librero admirable, a dar una conferencia en los bajos de palacio.

Alguien opuso una objeción: pero este domingo le corresponde exhibir libros a su competencia, ¿aceptará hablar don Alfredo?

Reyes Velázquez saltó a la palestra. Claro que aceptará. Vamos a invitar al griego, no al fenicio.

Años más tarde, con el país aún bajo la pesada mano del partido hegemónico, el Presidente Echeverría decidió enviar de gobernador a un regiomontano que había servido en cargos en el DF y en Tamaulipas. Con carrera brillante, pero desarraigado de Nuevo León.

La postulación de Pedro Zorrilla era una evidente violación al texto de la Constitución de Nuevo León, que demandaba en los candidatos a la gubernatura haber nacido en el estado y tener arraigo de años.

Ante la flagrante violación constitucional, el PAN y Reyes Velázquez decidieron poner en la picota del ridículo al PRI. Se postuló por el PAN a Pedro Reyes Velázquez, con un arraigo de muchos años, pero que había nacido en Jalisco.

El desafío a la autoridad era feroz y hasta divertido: ¿Descalificarían la candidatura de don Pedro, regiomontano por arraigo de varias décadas? ¿Admitirían la candidatura de Zorrilla, que había sido gobernador interino en Tamaulipas?

El sistema reculó: cambió una sola letra en la Constitución para que dijera, en lugar de oriundo y con arraigo, oriundo o con arraigo.

El día que me invitaron a participar en este coloquio a la memoria de Pedro Reyes Velázquez me alegré por él, por su familia.

Me alegré por la oportunidad de rendir un homenaje personal adeudado al amigo.

Pero más me alegré por Monterrey, por la Universidad, que se honran honrando la memoria de los mejores.

De los hombres que forjaron una gran ciudad y la dotaron de una conciencia crítica.

Pedro Reyes Velázquez fue eso: la conciencia lúcida de una ciudad que amó como si fuera de él.

## ANEXOS



La postulación de Pedro Zorrilla era una evidente violación al texto de la Constitución de Nuevo León, que demandaba en los candidatos a la gubernatura haber nacido en el estado y tener arraigo de años.

Ante la flagrante violación constitucional, el PAN y Reyes Velázquez decidieron poner en la picota del ridículo al PRI. Se postuló por el PAN a Pedro Reyes Velázquez, con un arraigo de muchos años, pero que había nacido en Jalisco.

El desafío a la autoridad era feroz y hasta divertido: ¿Descalificarían la candidatura de don Pedro, regiomontano por arraigo de varias décadas? ¿Admitirían la candidatura de Zorrilla, que había sido gobernador interino en Tamaulipas?

El sistema reculó: cambió una sola letra en la Constitución para que dijera, en lugar de oriundo y con arraigo, oriundo o con arraigo.

El día que me invitaron a participar en este coloquio a la memoria de Pedro Reyes Velázquez me alegré por él, por su familia.

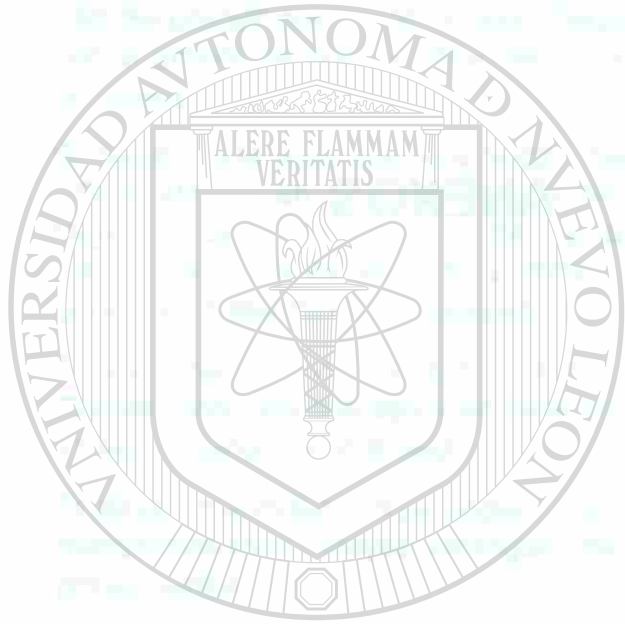
Me alegré por la oportunidad de rendir un homenaje personal adeudado al amigo.

Pero más me alegré por Monterrey, por la Universidad, que se honran honrando la memoria de los mejores.

De los hombres que forjaron una gran ciudad y la dotaron de una conciencia crítica.

Pedro Reyes Velázquez fue eso: la conciencia lúcida de una ciudad que amó como si fuera de él.

## ANEXOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## PEDRO REYES VELÁZQUEZ

En la memoria de sus amigos discípulos... (1)

Eugenio Armendaiz

**B**ajo de estatura, macizo, de manos cortas y finas que acompañaban su voz fuerte y atenorada en algún desplante de tono político o en alguna explicación sobre los estilos literarios... su porte un poco circunspecto y su actitud entre empaquetada y amigable, entre agresiva y cortés. De pronto,... algún comentario con el vecino hacía conmover su figura toda... en una risa total. Alguna de sus breves manos, colocada frente a la boca, quería ayudar a componer la gravedad perdida... que a veces tardaba en regresar... porque Pedro gustaba de reír. Reía ampliamente. Con la felicidad del travieso o con la picardía del mexicano... Así era Pedro Reyes Velázquez. Ademán o desplante. Risa gozosa o burlona. Cortesía y gravedad. Hombre de clara inteligencia, ágil periodista y maestro de corazón. Apasionado estudioso del quehacer literario y medularmente interesado en la circunstancia política. Su estilo como escritor, claro, sobrio, sin recargo de adjetivos, con la maestría del que sabe usar los periodos largos. Manejador insigne de la sátira, con sutileza o sin ella... con frecuencia cargaba sus frases de un contenido conceptual mayor del que aparecía a primera vista. Era, en este sentido, un escritor comprimido. Comprimido por la necesidad de enmarcarse a diario

dentro del reducido espacio de su columna. No lo era en su desbordamiento apasionado, a las veces. Escribió más de 10,000 artículos, muchísimos excelentes. No es remoto que se publique próximamente una antología de ellos.

¿Por qué no escribió ningún libro Pedro Reyes Velázquez? Quizá no era poseedor de una gran vena poética ni tuvo vocación de dramaturgo. Alguna vez me confesó no tener facilidad para el tratamiento del diálogo. Quizá esto también lo inhibió para la narrativa. Sin embargo, su conocimiento de la literatura universal era asombroso. El ensayo o los tratados de estudio hubieran sido el terreno de donde volcarse ampliamente, para que su valía como maestro singular alcanzara los horizontes adecuados.

Esto es, mucho más allá del lindero de las aulas. Había avanzado bastante en la preparación de un ensayo sobre Antonio Machado. No puedo decir cuánto ni el rumbo de su trabajo, pero sí puedo indicar que su hondo sentido auto-crítico, además de la enorme carga de su trabajo diario, detuvieron, en buena parte, el impulso que hubiera hecho cristalizar su obra esperada.

Pedro se presentaba con dos facetas en sus colaboraciones alternas: **Sopa de Letras y Aventura y Escarmiento**. En la primera glosaba sobre temas literarios y su criterio era casi inobjetable. En la segunda, generalmente artículos de opinión de tono político, era donde solía armar mayor revuelo. Podía uno estar de acuerdo con Pedro o no, pero su columna se leía. Un día me comunicó el secreto de ese interés que siempre despertaba. Me dijo: "Es importante que la gente no sepa de antemano lo que va usted a decir...". Y esto no era en realidad una "pose", sino la manifestación más auténtica

de sí mismo. Aun siendo congruente, aun teniendo una personalidad definida y una línea de pensamiento bien trazada, desconcertaba en ocasiones por parecer contradictorio. A lo largo de su vida rectificó. ¿Quién no lo hace? Pero seguía siendo el mismo. Era abierto a las ideas y gustaba de navegar por las corrientes del pensamiento por el afán de explorar, más bien que por ser desorientado. Esto le servía también para jugar. Jugar a que discutía. Jugar a que daba contra. Pero este juego (ahí radicaba su sinceridad), era juego en el fondo y frecuentemente hasta él lo ignoraba: por eso atacaba con denuedo. Pero su nobleza acababa siempre por desenmascarar al seudo encono... Yo lo sé. Muchos lo sabemos.

Pero si su quehacer como periodista, como escritor, fue relevante, lo fue aún más, a mi juicio, como maestro. Era extraordinario para la exposición. Amenísimo almacén de datos. De una memoria prodigiosa, daba cuenta y razón de fechas y nombres, temas, hechos, situaciones. Fue durante algún tiempo decano en el Instituto Tecnológico de Monterrey y al jubilarse pasó a la Universidad de Nuevo León, en donde por varios años impartió cursos de su especialidad.

Pero quiero referirme al aspecto que más conocí de él. A sus clases de literatura para grupos, generalmente en casas particulares. Entiendo que eran ya como 15 los grupos de señores o parejas. En la mayoría, llevaba una secuencia de exposición por temas; literatura helénica, medieval, del periodo romántico, teatro, poesía o novela. Pero estas exposiciones, a modo de conferencias semanales, no eran propiamente clases en el sentido de que los alumnos tuvieran que realizar un estudio o una tarea determinada. Eran, sin embargo, de gran

utilidad para los asistentes, que más que aprender de las explicaciones, eran orientados en la selección de sus lecturas. El maestro Pedro era siempre un gran promotor, ya que llegaba cargado de libros que prestaba generosamente al que lo solicitara. Esta tarea expositiva, orientadora y de difusión, mostraba bien a las claras al auténtico, al verdadero maestro.

El primero de estos grupos –un grupo de damas riomontanas– se reunió durante casi 30 años en casa de la señora Yolanda Garza Domínguez de Elizondo. El segundo, más antiguo, era de parejas, y allí acudía el profesor Pedro con su señora esposa, Tata, como le decía de cariño. Este grupo sufrió muchas transformaciones. Algunos de los integrantes permanecieron, otros emigraron a latitudes de diferente clima político, como el licenciado Santiago Roel. Otros tomaron un camino más largo... hacia la Ausencia... como Manuel Izaguirre, don Enrique Llaguno, Humberto Reyes...

Pedro, el maestro, el amigo, era siempre el centro y el motivo de esas convivencias de amistad cálida, entrañable. Ocupaba su sitio y pontificaba a la par que divertía. Pero, más que todas las cosas, enseñaba. Frecuentemente tenía una pullita a mano para alguno de los circunstantes: “¡Claro, como usted no lee más que el Laredo Times...!”, espetaba con gozo. Pero siempre fue caballeroso. Jamás le oí en muchos años –ni aun coloquialmente– una sola palabra gruesa. Y si no las decía... ¡menos las escribía...! ¡Qué distante de las vulgares publicaciones que han invadido, apestando, la literatura universal, so pretexto de un más acabado realismo!

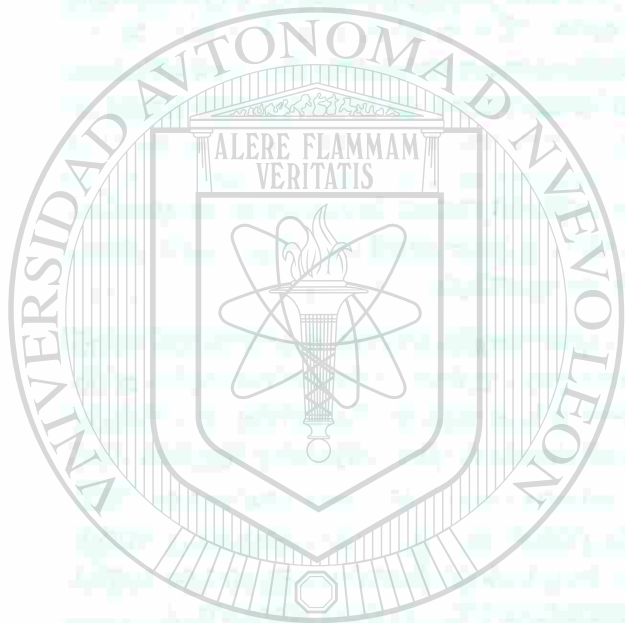
Después de la conferencia de Pedro venía la cena. Después de la cena, la música. Y Pedro era gozador. Gozaba de la compañía, de la conversación, de la buena mesa, de la música... cantaba a voz en cuello. Sabía muchas canciones. Si alguna vez se trataba de que le acompañasen una canción un poco especial, al preguntarle, “¿En qué tono, profesor?”, Él respondía fachendosamente: “En cualquiera. Yo soy tenor absoluto...”. ¡Todos se reían, naturalmente!... ¡Inolvidables veladas que muchas veces se prolongaban hasta la madrugada...!

Pero Pedro era también capaz de darse en la amistad con toda la hondura y serenidad que la palabra tiene. Supo ser cabalmente amigo.

Estos recuerdos que campean en mi memoria los traigo aquí a nombre propio y como portavoz de muchos de los que asistimos a sus clases. Tenemos una deuda insalvable con el maestro. No podemos hacerle otro homenaje que recordarlo, y la mejor manera es decir lo que fue para nosotros... y lo que seguirá siendo, porque cuando se cruzó en nuestro camino se metió también en nuestro corazón... ¡y para siempre...!

Pedro Reyes Velázquez, compadre, amigo y maestro...  
¡Gracias por todo lo que nos diste! ¡Muchas gracias!

*Nota: Los anexos 1 y 2 fueron enviados por Eugenio Armendaiz Noriega. Estos escritos no fueron leídos en el homenaje, pero sus elementos enriquecen nuestro conocimiento sobre la persona del maestro Pedro Reyes Velázquez.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## A UN AÑO EN EL TIEMPO... (2)

**D**e la partida de nuestro maestro y amigo, el profesor Pedro Reyes Velázquez, estamos a un año en el tiempo; pero su distancia es mucho más cercana en el sentimiento, porque su recuerdo nos acompaña con singular frecuencia. Y, ¿cómo olvidarlo si a su alrededor vivimos veladas estupendas, de aprendizaje, de orientación, de calor humano y de amistad auténtica?

El contacto con sus enseñanzas duró semana tras semana a través de los años. No fuimos precisamente estudiantes, sino aficionados que disfrutamos con sus exposiciones detalladas, autorizadísimas. Gracias a él nos asomamos a algunos autores que nunca habíamos conocido. De otros, apenas supimos su nombre. Pero... la simiente, la inquietud literaria quedaron sembradas, y el fruto fue un criterio más amplio, una mejor apreciación de la obra escrita.

Todos sabemos lo que es Literatura. Y, nosotros en particular, nos adentramos un poco gracias a sus exposiciones semanales. Sin embargo, me voy a permitir hacer un enunciado para el caso. Literatura es el encuentro del hombre con la palabra, con el vocablo. Y digo encuentro, porque ello supone una reflexión, una

meditación sobre la carga que la palabra pueda llevar de mensaje, de idea, de eufonía, de ritmo, de belleza... Cuando el hombre se asombra por la belleza que puede tener el lenguaje, nace la poesía, la literatura. Cierto que, a veces, literatura y poesía pueden ser términos excluyentes... Y no me refiero aquí a su obvio y consabido significado, sino a una connotación más sutil. Recuerdo cómo el gran poeta Pedro Garfias, en alguna ocasión, analizaba el contenido de una frase en un poema suyo (que no me viene a la memoria), y al recrearse una y otra vez preguntó: "¿Cómo?, ¿cómo podría decirse esto de otra manera...?" Y yo intervine, ingenuamente, apuntando una frase, a lo que él respondió resueltamente: "¡No...! Eso no es poesía... eso es literatura"...

Pero aun cuando en el caso específico que menciono, el poeta tenía razón, en general es válido decir que con frecuencia pueden ser una y la misma cosa. Por eso repito: Cuando el hombre se topa con el vocablo y reflexiona sobre él, nace la literatura, la poesía.

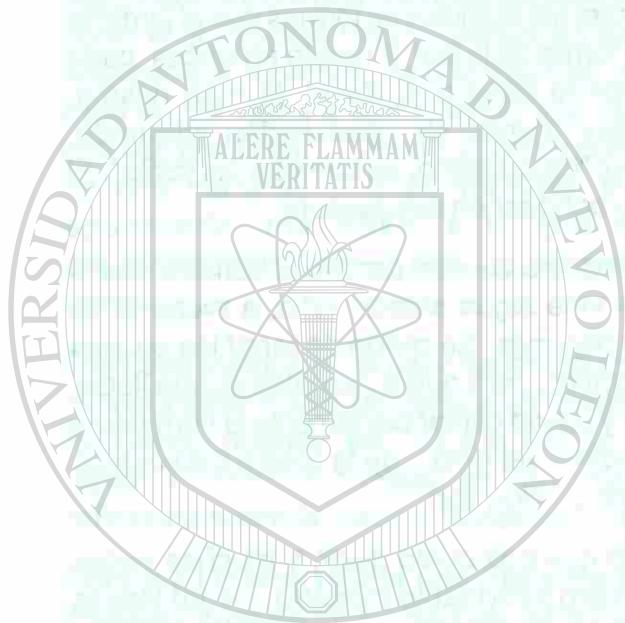
Pero aquí quiero relatar una bellísima figura que nos presenta el poeta Pedro Salinas, (otro Pedro, y van tres con el maestro), cuando nos dice en su estudio literario *La responsabilidad del escritor*, que el lenguaje no es solamente instrumento de comunicación. Que el hombre como individuo puede reaccionar frente a él como algo diferente de la comunicación misma. Éstas son sus palabras:

"Imaginémonos a un niño chico, en un jardín. Hace muy poco que aprendió a andar; le llama la atención una rosa en lo alto de su tallo, llega delante de ella, y mirándola con los ojillos nuevos, que se le encienden en alegría, dice: "¡Flor, flor!". Nada más que esto. ¿A quién se lo

dice? Pronuncia la palabra sin mirar a nadie, como si estuviese solo con la flor misma. Se lo dice a la rosa. Y a sí mismo. El modular esa sílaba es para él, para su ternura, gran hazaña. Y ese vocablo, ese leve sonido, flor, es en realidad un acto de reconocimiento, indicador de que el alma incipiente del infante ha aprendido a distinguir, de entre las numerosas formas que el jardín le ofrece, una, la forma de la flor. Y desde entonces, cada vez que perciba la dalia o el clavel, la rosa misma, repetirá con aire triunfal su clave recién adquirida. Significa mucho: "Os conozco, sé que sois las flores". El niño asienta su conocer en esa palabra.

Esta digresión viene a cuenta, porque el hombre, que a su paso por la vida sigue siendo niño, a menudo se olvida de serlo aún más. Se olvida de tener las pupilas abiertas al asombro, para que a raudales pueda llegar a él la belleza... y pueda captar plenamente la hermosura de todo: del jardín y del niño... de la rosa y del vocablo apenas musitado... "Flor, flor"...

Todo esto es lo que nos quiso decir, y muchas veces nos lo dijo, nuestro inolvidable maestro, Pedro Reyes Velázquez.

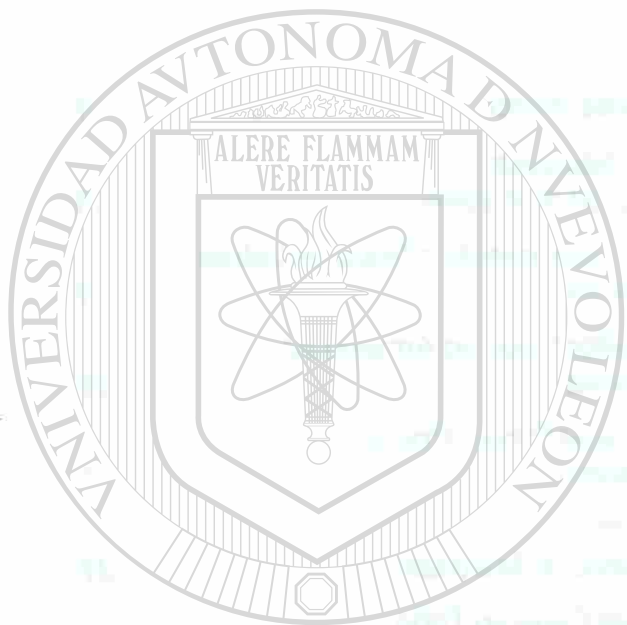


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## Indice

|  |    |
|--|----|
| Prólogo  |    |
| Magdalena Reyes Romo.....  | 7  |
| Pedro Reyes Velázquez<br>Magdalena Vignau de Aguirre.....  | 11 |
| De Aventura y Escarmiento a Sopa de Letras<br>Rosaura Barahona .....                             | 17 |
| Palabras del señor Eugenio Armendaiz<br>Eugenio Armendaiz.....                                   | 25 |
| Palabras de Leticia Reyes Romo<br>Leticia Reyes Romo.....  | 31 |
| Querido Maestro:<br>Mercedes Elizondo de Martínez.....   | 37 |
| Palabras de Luis Eugenio Todd<br>Luis Eugenio Todd.....  | 41 |
| Señoras y Señores<br>Eduardo Martínez Alanís.....  | 45 |
| Apuntes para una instantánea de Pedro Reyes<br>Velázquez ..... <sup>®</sup>                      |    |
| Jorge Villegas.....  | 47 |
| Anexos .....   | 53 |
| Pedro Reyes Velázquez<br>En la memoria de sus amigos discípulos... (1)<br>Eugenio Armendaiz..... | 55 |

A un año en el tiempo... (2)  
Eugenio Armendaiz.....61



*HOMENAJE A PEDRO REYES VELÁZQUEZ,*  
publicación de la Capilla Alfonsina Biblioteca  
Universitaria, de la Universidad Autónoma de  
Nuevo León, se terminó de imprimir en los  
Talleres del Departamento Editorial de la  
misma, en agosto de 2001, La edición estuvo  
a cargo del Departamento Editorial de la  
Biblioteca. Corrección, Maestro Félix Ramos  
Gamiño. Diseño y formación de interiores, Sara  
Torres.

# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EC  
H